

agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho, por ver mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar; puesto que, pasar por un lavatorio de estos, antes es gusto que trabajo.—No tengais pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester.—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos; que, andando el tiempo, Dios dijo lo que será.—Mirad, maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra.” El maestresala respondió, que en todo seria servido el señor Sancho; y, con esto, se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los duques y Don Quijote, hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso; que, segun lo que la famaregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Sospiró Don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo: “Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa, y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, por que vuestra excelencia la viera en él toda retratada: pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?—¿Qué quiere decir *demostina*, señor Don Quijote? preguntó la duquesa; que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida.—Retórica demostina, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir *retórica de Demóstenes*, como *ciceroniana*, de *Ciceron*, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.—Así es; dijo el duque; y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero, con todo eso, nos daria gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase; que, á buen seguro, que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan invidia las mas hermosas.—Si hiciera, por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió; que es tal, que mas estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que, yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada, y convertida de princesa, en labradora; de hermosa, en fea; de ángel, en diablo; de olorosa, en pestífera; de bien hablada, en rústica; de reposada, en brineadora; de luz, en tinieblas; y, finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago.—¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el duque; ¿quién

ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba?— ¿Quién? respondió Don Quijote; ¿quién puede ser sino algún maligno encantador, de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Persegúidome hán encantadores; encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento; porque, quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir; que el caballero andante, sin dama, es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.—No hay mas qué decir, dijo la duquesa; pero si, con todo eso, hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote, de pocos dias á esta parte, ha salido á la luz del mundo, con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.—En eso hay mucho qué decir, respondió Don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada; y, finalmente, alta por linaje, á causa que, sobre la buena sangre, resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas.—Así es, dijo el duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído; de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso, ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe.—Á eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado; cuanto mas, que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y, aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.—Digo, señor Don Quijote, dijo la duquesa, que, en todo cuanto vuesa merced dice, va

con pié de plomo, y, como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo, desde aquí adelante, creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y, por mas señas, dice que era *rubion*; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.” Á lo que respondió Don Quijote: “Señora mia: sabrá la vuestra grandeza, que todas, ó las mas cosas que á mí me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inexcrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso; y como es cosa ya averiguada que todos, ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los Doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteón, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamientos. Pero, pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca; y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo: y así, creo que, cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo, ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales; y, para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes, cómo, viniendo poco há por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosea y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí